

OSWALDO MORA, PINTOR DE LO AUTÉNTI-

Autor invitado: Soledad Mora Ordóñez

Existe un placer particular al contactarse con el material, la textura de la pintura, la intensidad del color, su olor que invade el espacio, la sensación suave de untar una capa con una espátula o abstraerse mirando cómo se extiende una pincelada sobre la superficie dejando zonas más cargadas o más transparentes. Empastar capas de pintura para que luego se fundan con otro tono, creando un tercero, un cuarto o una veladura misteriosa. Pintar es un juego de placer que solo quienes lo han vivido pueden comprenderlo. Para Oswaldo Mora significaba una magia en la cual podía permanecer inmerso durante horas. Su proceso creativo no era algo que surgía entre las paredes de su taller. Para Oswaldo crear era una permanente articulación de impresiones. Él vivía en un estado creativo. Era muy común que descubriera un rostro en la tapa de una lata de atún, que al caminar recogiera un palo con curiosa textura para resolver algún gesto en un retrato o que se quedara absorto por minutos mirando las nubes para entender qué formas y qué colores aparecen y desaparecen con el viento.

Cuando Oswaldo Mora iniciaba un cuadro, no tenía definido lo que iba a suceder, su

intuición iba guiando sus trazos, a veces a lápiz o carboncillo, para luego diluir algún color y dejar que la madera lo absorbiera, entonces empezaba con las pinceladas más decididas para que vaya surgiendo su temática.

En un momento él sabía que tenía que tomar espacio. Mirar su cuadro desde otro ángulo y quizás esperar a que pase una noche, para a la mañana siguiente descubrir con qué gesto aparecía su personaje y entonces poder darle la bienvenida.

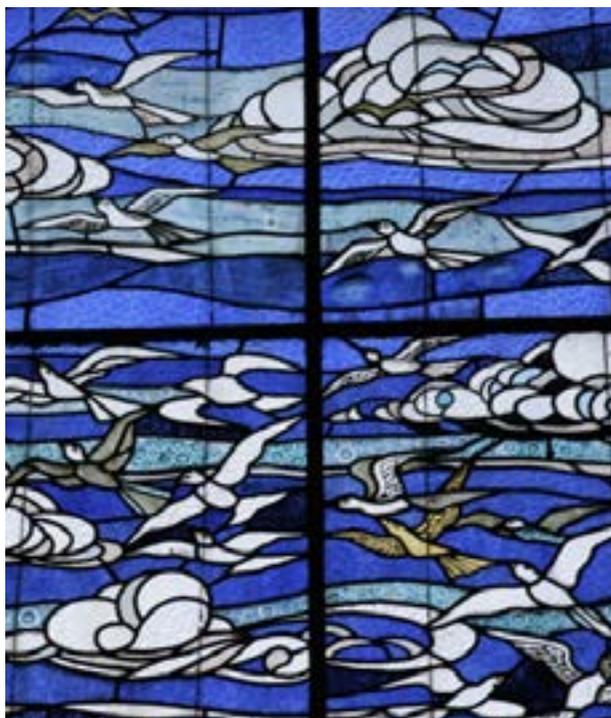
Ser testigo de estos aparecimientos era uno de mis juegos preferidos, entrar en su taller y ver qué había pasado. Y conocer quiénes eran los nuevos bienvenidos.

Creo que su trayectoria de artista inició cuando tenía unos cinco años y jugaba a las familias con porotos de colores. Desde entonces se abstraía con los colores de los granos y los clasificaba por similitudes. Su habilidad por el dibujo fue muy clara desde el inicio y su constancia y certeza de saber qué es lo que más amaba hacer, fueron las raíces de una carrera artística que duró 77 años, toda su vida.

Más allá de que soy su hija, como una estudiosa del arte que disfruta de vivir procesos creativos, considero que Oswaldo Mora es uno de los artistas ecuatorianos que más se ha comprometido en retratar los aspectos humanos auténticos. Era completamente sincero con su trabajo, sabía reconocer sus buenas o malas obras y siempre buscaba mejorarlas. Su compromiso no era con el mercado del arte. Su compromiso era buscar un arte verdadero. Incluso cuando tenía los pedidos de vitrales, nunca se doblegaba a hacer algo que no mostrara su propio estilo, si le daban una estampa de una virgen o de un santo para determinada iglesia, Oswaldo

cuidaba ante todo que esa imagen lleve su marca propia. El estilo de Mora fue y es una constante que refleja su talento.

Una prueba de esta fidelidad con su propio estilo es la pintura: "Ante la primavera" (óleo sobre madera, 1989). Es una pintura que realizó durante una estancia que tuvo en Orthez, Francia. Una mujer vestida de una tonalidad celeste sostiene en su mano a un pájaro típico de la zona que la mira como anunciándole la llegada de la primavera. Las tonalidades verdes de la hierba alrededor, son más oscuras que las de la hierba de la sierra ecuatoriana. Unas pequeñas casas con



Título: Cielo de Quito (detalle)

Técnica: Vitral emplomado

Año: 1989

Ubicación: Iglesia en Quito

paredes azuladas y tejados rojizos protegen al igual que el sombrero rojo intenso de la mujer. Existe un predominante contraste del cálido rojo con los tonos fríos que, en general, son más representativos del arte europeo. Se trata de un guiño en su camino. La temática de pintar gente anciana se mantiene, pero estavez desde otra latitud. Indiscutiblemente vemos una pintura de Oswaldo Mora, su esencia humilde y humana prevalecen solo que con una paleta afrancesada.

Son muchas las obras que creo Oswaldo Mora desde su solitario estudio en México

DF, en el valle de los Chillos, en Estocolmo, en Francia, en Praga, en Quito y finalmente en su Loja natal. Una de las últimas obras que pintó es la escena de unos caballos galopando, se cruzan sus cuerpos entre sí, la fuerza de los colores rojizos y anaranjados te llevan a un nido central de un pájaro que quiere nacer. La partida de Oswaldo de este mundo terrenal nos dejó eso: su permanente mensaje, el deseo de seguir naciendo, transformándose en algo más, algo más luminoso, más intenso, más claro, más auténtico.



Título: Fiesta Andina

Año: 1976

Técnica: Vitral emplomado y pintado con grisalia.

Ubicación: Sala de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.



Título: Penumbra

Técnica: Oleo sobre madera.

Año: 1988



Título: Por el sendero

Técnica: Oleo sobre madera

Año: 1988